

“FRAGANCIAS DE UNA VIDA”

Miro la botella que sujeto con reverente delicadeza entre las manos, mientras acaricio sin apenas darme cuenta la suavidad casi incorpórea del vidrio, algo atemperado por la calidez de la sala, ésa calidez de las veladas entre amigos de los de verdad. “Lee la historia de la etiqueta, tiene su gracia”, me aconseja Germán, con ojos brillantes de expectación festiva. Así que busco un rinconcito silencioso dentro de mí al que no llegue el bullicio de la habitación, y comienzo a leer. Al poco, una sonrisa de complicada interpretación asoma a mis labios, y Germán, que continúa a mi lado -como para impedir que yo deje la botella sin terminar la leyenda- sonrío complacido, asintiendo con la cabeza, seguro de que entablaremos en breve una conversación banal, de ésas que diluyen en su simplicidad a las preocupaciones cotidianas. “¿Ves que curioso? Ya sabes por qué el vino se llama Beso”, me dice mientras sus facciones aún algo infantiles a pesar de los años que ya tiene acompañan la ingenuidad del gesto triunfal que ahora las adorna. “Ahhhh...”, contesto yo, prolongando la interjección desmesurada y conscientemente, encerrando en este alargamiento algo exagerado un irónico “pues no me había dado cuenta...”

Sin atender la demanda de conversación de mi amigo, vuelvo casi sin quererlo al rincón silencioso de mis adentros, un pequeño cuartito de mi cabeza en el que nadie puede encontrarme, y me pongo a pensar en la leyenda, en esa distorsión fantástica de un hecho que a base de tiempo, pero a causa sobre todo de lo selectivo de la memoria y del desenfreno de la imaginación, al final nada tiene que ver con lo realmente acaecido muchos años atrás. “Una joven mozarabe tentando a un hombre de Alá a probar el vino de sus propios labios, en una jugosa incitación granate y densa, envuelta en la sicalipsis de una boca insinuante...Turbador, si, pero nada nuevo, al fin y al cabo. Otra Eva caprichosa envolviendo a otro Adán desprevenido, arrastrado por el torbellino imparables de la lujuria”, me digo.

Y tras la evocación de esta leyenda embriagada de romanticismo, comienzan a acudir a mí -sin yo llamarlos, invitados quizás por los indescifrables engranajes mnemónicos- olores, colores, y sensaciones que saturan mis sentidos en un homenaje hacia ella, esa bebida mágica, al parecer néctar de los Dioses, que ha sido utilizada como filtro de amor, y envilecida como diluyente de veneno, venerada como ingrediente privilegiado de la farmacopea popular, sacralizada como sangre divina, divinizada por intercesión de Baco...pero que ante todo ha estado presente en mis mejores momentos, en momentos sólo míos, momentos de besos y vino que flotan en mi memoria como empapados barquichuelos de papel, difuminados ya por la neblina del tiempo, pero de los que queda tan sólo el poso dulce, el sabor a moscatel de los momentos más hermosos. Puedo ver como si las tuviese delante las burbujas pequeñas e imparables en frenética ascensión hacia la superficie ambarina de mi copa mientras brindaba en un mano a mano con la esperanza, ebria yo de ilusiones, y a su vez el sorbo fresco y picante, camelador como un vendedor de baratijas, me susurraba en el paladar promesas de momentos felices, de los cuales muchos nunca llegarían. ..

Y mientras de nuevo en mí presente me llevo a los labios la copa que alguien ha llenado, el aroma a frutos rojos perfumado por el roble francés evoca en mí tardes invernales dibujadas de nieve, de fuego amable crepitando calmoso en la chimenea. Me trae susurros de brisa de verano que huelen a Mediterráneo, y atardeceres cobrizos que muestran sin pudor alguno su inquietante belleza, y llega hasta mí una música sin tiempo que quiere bailar con mi alma...Fruta madura, toques especiados, fondo tostado, aroma de ciruelas pasas, recuerdo a cuero, rojo bermellón, púrpura o violáceo, trama sedosa...Todos mis sentidos sublimados de sensaciones evocadoras ellas de momentos arropados por la bondad de la vida, mecidos por suaves olas de despreocupación...Mágica fórmula de alquimia fermentado, callada, en la oscuridad de cuevas centenarias...

Bebo de nuevo mientras pienso ahora en la levedad de la vida, consciente de lo perdido, pero feliz por lo logrado, arrepentida sólo por lo que no he hecho, nunca por lo vivido, añorando a los que ya no están a mi lado, amando a los que continúan incondicionalmente conmigo, y perdonando también a los que me dejaron a mitad del camino. Por todos ellos levanto ahora mi copa al cielo, como consagrándosela a los dioses, y después de echarle un guiño a la vida, bebo de ella despacio, sonriente.